V Domingo de Cuaresma, Ciclo A
Mensaje de Mons. Juan de Dios Hernández Ruiz, S.J. Obispo de Pinar del Río, Cuba

Queridos hijos e hijas, les habla su obispo, Mons. Juan de Dios Hernández.

Hoy escuchamos el pasaje de la resurrección de Lázaro, uno de los grandes amigos del Señor; y a mi mente vienen las palabras de santo Tomás de Aquino: "Tan sólo un necio trata de consolar a una madre ante su hijo muerto". Estas palabras surgen como fruto directo de la contemplación de este pasaje en el que Jesús, frente al sepulcro de su amigo Lázaro, derrama unas de las pocas lágrimas que aparecen expresamente en el evangelio.

Jesús es consciente del valor de la vida frente a la eternidad y la muerte. Sabe que el alma de Lázaro reposa esperando, como la del resto de los hombres, el momento sublime de la redención. Sin embargo, Jesús también es un hombre. Lo que en un primer momento no le cuesta aplazar cuatro días, más tarde se transformará en lágrimas y llanto: la contemplación del sepulcro de su amigo.

"En realidad, esta página evangélica muestra a Jesús como verdadero hombre y verdadero Dios. Ante todo, el evangelista insiste en su amistad con Lázaro y con sus hermanas Marta y María. Subraya que «Jesús los amaba» (Jn 11, 5), y por eso quiso realizar ese gran prodigio. «Lázaro, nuestro amigo, está dormido: voy a despertarlo» (Jn 11, 11), así les habló a los discípulos, expresando con la metáfora del sueño el punto de vista de Dios sobre la muerte física: Dios la considera precisamente como un sueño, del que se puede despertar. Este señorío sobre la muerte no impidió a Jesús experimentar una sincera compasión por el dolor de la separación. Al ver llorar a Marta y María y a cuantos habían acudido a consolarlas, también Jesús «se conmovió profundamente, se turbó» y, por último, «lloró» (Jn 11, 33. 35). El corazón de Cristo es divino-humano: en él Dios y hombre se encontraron perfectamente, sin separación y sin confusión. Él es la imagen, más aún, la encarnación de Dios, que es amor, misericordia, ternura paterna y materna, del Dios que es Vida. La respuesta de Marta es ejemplar: «Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo» (Jn 11, 27). ¡Sí, oh Señor! También nosotros creemos, a pesar de nuestras dudas y de nuestras oscuridades; creemos en ti, porque tú tienes palabras de vida eterna; queremos creer en ti, que nos das una esperanza fiable de vida más allá de la vida, de vida auténtica y plena en tu reino de luz y de paz" (Benedicto XVI, Ángelus 9 de marzo de 2008).

Cristo, el Señor de la vida y de la historia, nos ama y quiere lo mejor para nosotros siempre. Él es nuestro padre y se preocupa por cada uno de sus hijos. Jesús sufre con nuestras dolencias y pecados. Por eso, el Señor está dispuesto a morir por nosotros para darnos la vida. La pasión, muerte y resurrección de Jesucristo iluminan la vida de todo hombre. Nuestros sufrimientos y nuestra propia existencia

sólo tienen sentido en la persona de Cristo. Siguiendo el ejemplo de Marta estamos llamados a responder con fe ante Aquél que es la resurrección y la vida.

En Marta hemos encontrado un modelo de fe sencilla. Ella cree que Jesús es el Hijo de Dios, el Mesías; ella cree en la resurrección y en el poder infinito de Dios. Lázaro, Marta y María conquistaron un lugar especial en el corazón del Señor porque vivían una fe luminosa y llena de amor. Jesucristo encuentra verdaderos amigos en los corazones que se le abren con fe y generosidad. "No tengáis miedo, abrid las puertas de vuestro corazón a Cristo. Él pide poco y lo da todo" (cf. Juan Pablo II).

El regreso a la vida de Lázaro es un anticipo, una profecía, de lo que será en el futuro la resurrección de los muertos. Los amigos de Jesús, sus íntimos, sus más queridos, volverán a la vida ante el asombro de sus enemigos y las miradas mezquinas de los que en vida no acogieron a Jesús en su corazón.

Jesús, que es la resurrección y la vida, ha pedido a Lázaro, "salir" y "caminar". Lo mismo ha hecho con sus hermanas, Marta y María, que han vivido un proceso bautismal de conversión al Señor.

Dios nos acompaña y aguarda nuestra maduración en la fe. Espera que todos y cada uno de nosotros salga de nuestras tumbas, como Lázaro. ¿De qué sepulcros o de qué ataduras necesito ser liberado? Dios aguarda a que nos levantemos y vayamos tras los pasos de Jesucristo. No se enoja si a veces, como Marta y María, le reprochamos su ausencia en el camino. Alguna vez he preguntado a Dios: "¿Dónde estás?, ¿por qué tardas?". Está esperando que le confesemos, igual que Marta, como el Señor, el Hijo de Dios, la resurrección y la vida. ¿Quién es Jesús para mí?

Que María de la Caridad, nos acompañe siempre.